

fé? Estas cruces tenemos en el alma; y en ellas, ó la señal mas terrible de condenacion si no se ajusta á la cruz nuestra vida, ó la señal mas dichosa si por la cruz logramos nuestra gloria.

PLATICA X.

DE LO QUE NOS REPRESENTA Y ENSEÑA LA SAL BENDITA QUE NOS PONE LA IGLESIA EN EL BAUTISMO.

Dia de nuestro padre San Ignacio, á 31 de Julio de 1692.

A la mejor sazon se nos ha venido la sal. A la sazon del dia de mi glorioso padre San Ignacio, la sal de la sabiduría que se nos pone en el Bautismo. Pues sin ser menester mas, me hallo sazonado al buen gusto el elogio debido á mi gran Patriarca, que si la sal es un mixto prodigioso que se compone de fuego y agua, como dijo de Plinio San Hilario: *Sal est in se unum continens aquæ, et ignis elementum.* (Hil. l. can. 4. in. Matth.) fuego y agua juntos en San Ignacio, ¿qué serán? Fuego todo de Dios, que desde que se juntó con el agua en los mares de sus perennes lágrimas, lo formaron sal de la sabiduría de la Iglesia. Si á mí me propusieran que dijera en dos palabras, qué cosa es San Ignacio en la Iglesia de Dios, sin embarazar-me diria que es lo que la sal en el mundo. Y pien-

so que lo explicaba la sal, que no hay cosa donde no entre, ni gusto que no sazone, ni persona á quien no sirva. La sal que se halla en la cocina y en la sala, en el fogon y en la mesa, para amos y para criados. La sal que desde la chocilla del mas pobre, hasta el palacio del mas Príncipe, es una misma, por mas que las toscas ó regaladas viandas se distinguan. La sal, que siendo una sola en muy diversos manjares, acomoda á todos una sazón, siendo los sabores distintos. La sal en fin, que siendo en sí de tan poco precio, compite con el sol en lo universal de sus beneficios: *Corporibus nihil utilius sale, et sole.* (Plin. lib. 31. c. 7.) adagio de los antiguos, dice Plinio. Pues eso es San Ignacio en la Iglesia: sal que á todos sirve para el provecho; sal que á todos se acomoda para el sustento; sal que todo lo sazóna para el gusto; sal que todo lo preserva para el remedio. Esta es la sal que sin distincion sirve á niños, á viejos, á hombres y á mugeres, á pobres y á ricos, á amos y á criados. Díganlo tantos empleos gloriosos, tantos sagrados afanes y tantas heroicas fatigas. Esta es la sal que, haciendo sabrosos los desvelos prolijos de los estudios, ha llenado el mundo de sabiduría, las ciencias de luces, los entendimientos de noticias, las aulas de letras, las escuelas de doctos. Esta es la sal, que sazónando con los mas discretos saines todas las virtudes, que saboreando con suaves atractivos los Sacramentos, ha llenado así tantas almas de perfeccion y tanto cielo de almas. Esta es la sal que, preservando en los unos la corrupcion de los vicios, que desterrando en los otros la pestilencial podredumbre de los errores y heregías, ha mantenido en la Iglesia sus esplendores, ha despojado al infierno de sus tinieblas. Esta es la sal

que, abatida por los suelos, sirviendo á todos sin esplendor de puestos, sin altura de dignidades, se las apuesta al sol en sus esferas, á quien mas llene al mundo de beneficios: *Nihil utilius sale, et sole.* Mas por eso mismo reparaba yo, ¿por qué San Ignacio, siendo tan universal en beneficios para todos, se ha esmerado con especiales favores con los niños? No sé si se hallará santo que mas los favorezca. En los partos, es bien sabido su patrocinio con innumerables milagros: en la primer puericia son grandes los favores que les ha hecho, de que pudiera decir muchos prodigios. ¿Por qué será? Yo pienso que nos lo dice ya la Iglesia. Es lo primero que gusta la criatura la sal con que la Iglesia la saborea: *Hoc primum pabulum salis gustantem.* (Euseb. in vita.) Pues como San Ignacio es sal, por eso desde aquella edad empieza á ir saboreando las criaturas para el cielo.

Temerosa una muger del parto que se le acercaba, ofreció á San Ignacio, que si la sacaba con bien, le pondría su nombre á la criatura. Hizolo el santo, que es lo que hace cada día. Dió aquella con felicidad á luz un niño; pero al tratar de bautizarlo se levantó entre marido y muger la porfía y la discordia. Ella que se habia de llamar Ignacio por su promesa; él que se habia de llamar Ireneo por su devocion. Duró algunos dias la porfía. Llegó el caso del Bautismo, y no se ajustaban; y, ó por impaciencia, ó por caricia, cogiendo el padre al niño en las manos: determínalo tú, le dijo; quitanos de porfías: ¿cómo te has de llamar? A que con clara voz respondió el niño: *Ignacio.*—¿Cómo? vuélvelo á decir.—*Ignacio,* repitió.—¿Hay tal gracia de criatura! Sí, que desde ahí empieza la sal de San Ignacio. ¿Pues ya podemos ir al Bautismo? Sí.

que me he detenido; perdónenle á un hijo que le arrebató así el afecto de un gran padre.

Tenemos pues, todavía á las puertas de la Iglesia detenida la criatura. (Vide pamel. ad Tertul. de Bapt. a num. 1.) Allí viste la obligacion y promesa que hiciste de guardar cabalmente la Ley de Dios para que te diera la vida eterna. Te viste ya señalado en la frente y el corazón con la señal de la cruz. Síguese pues, que el sacerdote, tomando un poco de sal bendita, se la pone en la boca á la criatura, y le dice: *Recibe la sal de la sabiduría; que te sea propiciacion para la vida eterna. Amen. La paz sea contigo y con tu espíritu. ¿Qué sal es esta, y qué significa? Si no se queda solo en lo que vemos, ¿qué nos dice la Iglesia con esta accion tan misteriosa? ¡Oh, cuánto nos dice! Lo primero, esa sal nos dice que por el Bautismo contraemos la amistad de Dios y entramos á ser sus amigos. ¡Oh, qué dignidad oyentes míos! pero ¡oh, qué empeño de una puntual y fiel correspondencia!*

Fué entre los antiguos la sal símbolo de la amistad; por eso al huésped, antes de ponerle á la mesa otra vianda, lo primero que le ponian era la sal: (*Sier. l. 3. c. 10.*) *Hospitibus ante alios cibos sal apponi solitum*, dijo Pierio, *quo amicitie firmitas significatur*. Por eso el faltar á la amistad decian en proverbio que era olvidar la sal que comió con fulano: *Salem, et mensam ne praetereas*. Y por eso preciándose de buenos amigos los samaritanos, le enviaban á decir á Cambisis, Rey de Persia: *Nos autem memores salis, quod in palatio comedimus*. (*Esdræ 1. c. 4.*) Nos acordamos todavía que comimos tu sal. Mira tú cristiano si te acuerdas que has comido la sal de Dios, é hiciste profesion de

ser su amigo. ¡Oh, y con nombre de amigo no lo seas mas infame traidor!

Lo segundo que esa sal nos dice es, que este contrato, este pacto que con Dios hacemos en el Bautismo, no es por cuatro dias, no queda á nuestra voluntad deshacer su obligacion; es un pacto que no se ha de acabar, que ha de ser eterno. Por eso los pactos perpetuos se celebran con sal, que llama la divina Escritura, *Pactum salis*. Porque así como la sal no deja que los cuerpos se corrompan, los conserva enteros, así el pacto celebrado con sal, quiere decir que ni se ha de violar ni quebrar. Y si esta fué sin duda en el pacto del Bautismo tu palabra; si fué esta tu promesa y esta tu obligacion, mira ahora si estás á lo prometido, mira si lo cumples.

Lo tercero, con esa sal nos enseña la Iglesia cómo se nos hará suave el guardar la Ley de Dios que prometimos; el militar bajo de la cruz que profesamos. ¿Se hará suave? ¿Cómo? Si saboreándonos con la sabiduría del cielo, que eso representa esa sal; si tomando gusto á la palabra de Dios la buscamos anciosos, la oímos con gana de aprovechar, y la recibimos con humilde mancedumbre. La sal en los manjares es para que excite el apetito y la gana de comerlos. Por eso en los manjares del cielo, en el sustento de la mejor vida, nos representa esa sal, que si gustamos de Dios, si nos saboreamos al oír su soberana Doctrina, ese sabor nos irá haciendo suave la guarda de sus Mandamientos, nos irá introduciendo las virtudes, y como sal nos preservará de la corrupcion de los vicios y de los gusanos de las culpas: *Audite, et vivet anima vestra*. Cristianos míos, este es camino seguro y cierto, por donde Dios quiere salvarnos. No

por revelaciones como lo hacia á los profetas, sino aprendiendo unos hombres de otros, oyendo la palabra de Dios: *Cum mansuetudine suscipite insitum verbum, quod potest salvare animas vestras.* Esta es la sal que dejó en el mundo en su Doctrina para nuestra vida. Esta es la eficacia que le dió á su voz: *Dabit voci suae vocem virtutis.* Y en gustar de esta sal de la Doctrina está la vida y está la salvacion: *Beati,* dice nuestra Vida Cristo, *Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.* ¿Cuántos por haber gustado esta sal de la sabiduría del cielo están hoy en la gloria?

Pasaba mi gran padre San Ignacio por un convento de religiosos; y por tentar su espíritu, le dijeron que les hiciese una plática de Dios. Rehusábalo humilde; pero á sus instancias admitió: juntóse la comunidad, y ardiendo en zelo el predicador, dijo: Dos están aquí que quieren dejar á Dios y apostatar de su religion. Ponderó luego los castigos que les esperaban, con tal fervor, que los dos al punto confesaron su culpa, que tenian secretísima, y le llavaron á su Prelado los instrumentos que tenian prevenidos para la fuga. ¡Ah, sal de Dios! ¡cómo sazonas, cómo sanas, cómo remedias! Pero si esta sal soberana no se gusta; si hay tanto hastío de oír la palabra de Dios, tanto desgano de la Doctrina del cielo, ¡oh, Dios! esa es la causa de tanta corrupcion de costumbres, de tanta ceguedad de ignorancias y de tantas tinieblas de culpas: *Grandis morbus et execranda calamitas,* dice Casiodoro: gravísima enfermedad, calamidad y desventura la mayor, la suprema. ¿Y cuál es? *Divinae legis appetentiam non habere.* Tener postradas las ganas, hastiado el apetito del sustento de la palabra de Dios, poco hay que esperar de ese enfermo.

Eso es el principio de perder á Dios y de entrar por el camino de la condenacion, dice Paladio, cobrar hastío á la palabra de Dios, tener desgano de oír su Doctrina: *Initium recedendi a Deo, fastidium doctrinae est, et cum quis non appetit ilud, quod semper anima esurit, quae diligit Deum.* (Vit. pp. lib. 5. libell. 10. num. 67.) Las tardes enteras en una comedia, las noches en el juego; y se gusta, y se desea de buena gana; ¿y un rato de la palabra de Dios, enfada y cansa y se bosteza? Mirad: Abogaba Demóstenes en defensa de un hombre que estaban para condenar á muerte; y al ir diciendo reparó que los jueces estaban hablando. Prosiguió sin darse por entendido, y dejando lo que iba á decir, ingirió este cuento:

Fué el caso señores bien célebre, que un alquilador le alquiló á un pasagero un jumento para una jornada. Salieron juntos; el dueño á pié y el otro en el jumento. Era ya el medio día, apretaba el sol, y no habiendo sombra ninguna echóse aquel á pié y metióse debajo de la sombra del jumento.— Eso nó, dijo el alquilador, que yo el jumento te lo alquilé, no su sombra. Esa sombra es mía y yo la he de gozar—No, decia el otro, que si el jumento no se puede apartar de su sombra, cuando yo pagué el alquiler del jumento pagué su sombra. Y he aquí armado el pleito, y que van al Tribunal. A todo esto ya estaban muy gustosos y suspensos los jueces por oír en qué paró. El diestro orador entónces dando el golpe á la cátedra: *De asini umbra libet audire, viri causam de vita perichitantis audire gravamini.* Es muy bueno que al pleito sobre un asno se pongan esas atenciones; y que donde vá la vida de un hombre enfade el oír su defensa. Mas os digo yo, oyentes míos, ¿tanto gus-

to en atender mentiras, engaños y aun torpezas; y tanto tedio para oír hablar de Dios, para oír las verdades eternas, en que vá no menos que nuestra salvacion? ¡Oh, lo que aquí logra el demonio!

Y aun por eso habiendo puesto la sal á la criatura, vuelve otra vez la Iglesia á lanzar este maldito espíritu. La primera vez lo lanza de la posesion que tenia en lo interior del alma; ahora no solo lo hecha de lo interior, sino que le manda que ni se acerque: *Exorcizo te, immunde spiritus, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, ut exeat et recedas ab hoc famulo Dei.* Te mando que salgas y que te apartes. ¿Qué es esto? Que no estorve á la sal del cielo la entrada, cerrando á esa criatura los oídos. ¿Pues qué pensais cuando estás oyendo el sermon, que os viene, ó el enfado ó el sueño, ó la diversion ó el que habla? Todo eso ¿qué pensais que es? El demonio que os procura impedir la entrada de la vida. Por eso pues, entrando ya en la Iglesia á la criatura, le hace el sacerdote con la saliva, que representa la sabiduría del Hijo de Dios; le hace digo, dos cruces en los dos oídos, diciendo las palabras que dijo nuestro Redentor para sanar á un sordo y mudo: *Ephphtha, quod est, adaperire.* Abrete oído, ábrete. Y luego en la nariz: *In odorem suavitatis.* Percibe el olor de la celestial suavidad, ¿Y qué es todo esto? Abrir por los oídos los caminos por donde ha de entrar la vida de la palabra de Dios. *Auris,* dijo San Bernardo, *auris prima mortis janua, prima apperiat, et vite.* Si fueron los oídos de Eva la primera puerta por donde nos entró la muerte, sean los oídos los primeros que se abren para que entre la vida. ¿Pues qué esperan los que no la oyen, los que se les pasan los años enteros huyendo de

oír lo que los ha de remediar? ¡Oh, qué señal tan lastimosa de reprobacion! *Qui ex Deo est, verba Dei audit,* dice nuestra Vida Cristo: El que es de Dios, oye sus palabras. ¿Pues de quién será el que no las oye? Del diablo. Ya lo dice su Magestad: *Propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis.*

Breve será el ejemplo, pero eficaz. Refiere el Cardenal Jacobo de Vitriaco, que en un lugar un labrador tan obstinadamente rehusaba el oír la palabra de Dios y el asistir en la Iglesia con los demás á la Doctrina que les explicaba su Cura, que no solo no bastaron amonestaciones y reprensiones para hacerlo venir, sino que si alguna vez por contingencia se hallaba en la Iglesia al subir el predicador al púlpito, al punto se salia de ella con reparo y escándalo de todos. Y tales eran sus costumbres, como las espinas y zarzales de tierra sin cultivo ni riego. Llegósele la muerte, llevaronlo á enterrar con acompañamiento de numeroso pueblo á la Iglesia: pusieron, como se suele, el cuerpo en medio, y empezaron los sacerdotes á cantar el oficio funeral. Iba cantando el Cura aquellas tan piadosas palabras de la Iglesia: *Gratia tua illi succurrente mereatur evadere judicium ultionis, qui dum viveret insignitus est signaculo Sanctæ Trinitatis;* y entónces á vista de todo aquel concurso un santo Crucifijo que estaba puesto sobre la tumba, desclavando entreambas manos de la cruz, se tapó reciamente los oídos. Levantaron todos con el asombro el grito: pararon los oficios; y el Cura haciendo silencio, les dijo: Bien sabeis la obstinacion con que este desventurado no quiso oír la palabra de Dios, pues por eso se tapa Dios los oídos á los ruegos de la Iglesia con que le pide su perdón.

Ya lo veis, ya lo veis; y pues esto muestra que posee ya el demonio su alma, posee también su cuerpo; y haciéndolo sacar de la Iglesia, mandó que la tiráran en el campo como un perro muerto. Horrible suceso. ¡Oh, y sirva á todos de escarmiento para abrir los oídos á la voz de Dios, para dár por los oídos entrada á la vida del alma!

¡Oh, santísimo padre mío, sal de la Iglesia en la discretísima sazón con que á todos los estados hiciste tan suaves las virtudes, tan llanos los caminos para Dios, tan sabrosos los Sacramentos! ¡Oh! y comunícanos á todos aquel sabor de Dios, con que abrazado le decias tantas veces arrebatado entre resplandores: *Qué quiero, Señor, fuera de tí, ó qué puedo querer?* Logra en todos nosotros, santo mío, aquellas ansias con que enamorado le decias á Dios: *¡Oh, Señor, y si pudiera yo hacer que todos los hombres te conocieran!* Alcánzanos del Señor, luz para que lo conozcamos, para que saboreados de su celestial Doctrina la apetezcamos siempre con ansia, hasta que por ella lleguemos á celebrar contigo el convite plenísimo, que solo puede saciarnos en la gloria.

PLATICA XI.

DE LAS OBLIGACIONES EN QUE NOS PONE EL RENUNCIAR EN EL
BAUTISMO AL DEMONIO Y SUS POMPAS.

—
A 7 de Agosto de 1692.
—

METER la cabeza en el cielo dejándose todavía fijos los pies en el mundo, ¿quién no ve que sería sin pies ni cabeza ese intento? Pues ojalá que lo que así en el cuerpo ven tan imposible los ojos, acabara de reconocer en el espíritu por mayor imposible la razón; y no habiendo medio entre dejar el uno ó perder el otro, acabara la eleccion de determinar el acierto.

Jugaba divertido un niño, travesando con sus iguales, y dijéronle: Quiéres ir al cielo, que allá hay muchos dulces, miel y confites; pero allá no has de travesear.—Eso no. Quedóse suspenso; y por una parte lo tiraba lo dulce, y por otra lo llamaba el juego; y respondió: Yo quisiera tener la cabeza en el cielo para comer los confites, y los pies en la tierra para jugar con los muchachos.